Contornos de la hagiografía barroca: el *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán en edición reciente

Artículo-reseña

Javier San José Lera

Universidad de Salamanca

Mateo ALEMÁN, *San Antonio de Padua*, eds. Henri Guerreiro y Marc Vitse, en Pedro M. Piñero Ramírez y Katharina Niemeyer (dirs.), Mateo Alemán, *La obra completa*, vol. 2, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2014. 739 p.
(ISBN: 978-84-8489-859-7)

Hay autores que pasan a la historia de la literatura con la apariencia de haber escrito una sola obra hasta el punto de que el resto de su producción queda en sombra. Es el caso de Mateo Alemán, que se nos presenta casi únicamente como el responsable de lanzar la historia de la novela picaresca (y de la novela posterior) como autor del *Guzmán de Alfarache*, el *Pícaro*, como se conoció la obra en el siglo XVII; y no es poco esa contribución a la historia literaria. Sin embargo, es el sevillano autor de una extensa y compleja obra, que en la edición llevada a cabo recientemente en la Universidad de Sevilla ocupa tres gruesos volúmenes (Piñero y Niemeyer, 2014). Este gran proyecto editorial viene a poner fin a la clara insuficiencia del acceso de lectores y especialistas al canon alemániano, más allá de la celeberrima vida del pícaro (que cuenta ya con excelentes ediciones de Rico, Micó, o Gómez Canseco), poniendo a su disposición el resto de la obra del autor sevillano: *Obra varia* en el volumen 1 y el *Guzmán de Alfarache* en el volumen 3. El volumen segundo de ese gran proyecto editorial lo ocupa la obra que motiva este trabajo. Se da satisfacción así a la edición moderna que necesitaba la obra, y que reclamaba a gritos para salir de la sombra del *Guzmán*, tras la que quedó relegada, como ya apuntaba Michel Cavillac (Cavillac, 1990, p. 108; y 2010,

p. 23). Curiosamente el *San Antonio de Padua* había dado lugar a importantes estudios de Guerreiro y del mismo Cavillac (de la misma forma que la *Ortografía castellana*, más recientemente, de Ramírez Santacruz); y sin embargo, los estudiosos de la obra no disponían de una edición moderna y fiable del texto y se veían obligados a acudir para sus investigaciones al grueso volumen *in-quarto* sevillano con la *princeps* de 1604.

Esta edición reciente, que subsana la carencia señalada es, antes que nada y como reconoce la advertencia preliminar, una ofrenda de amistad: la de Marc Vitse, el editor responsable último de la edición, a su amigo y compañero tristemente fallecido, Henri Guerreiro, que dedicó la mayor parte de su vida investigadora a preparar una tesis de Estado, preludiada y seguida por importantes artículos sobre la obra de Mateo Alemán y especialmente esta hagiografía. Como no podía ser menos, esos trabajos del profesor Guerreiro alimentan la introducción y las notas del texto, redactadas y concertadas por Marc Vitse, justificándose de esa manera la doble autoría de la edición por los dos profesores tolosanos. La materia hagiográfica, objeto principal del estudio del profesor Guerreiro a lo largo de su vida investigadora, no es tampoco en absoluto ajena al profesor Marc Vitse, encargado de la edición del imprescindible *La hagiografía entre historia y literatura en la España de la Edad Media y del Siglo de Oro* (Vitse, 2005), así como de importantes reflexiones acerca de la comedia de santos áurea (Vitse, 2008). De tal manera que la edición del *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán no podía haber caído en mejores manos, más expertas y conocedoras. Por eso, este volumen segundo de la obra completa se convierte a partir de ahora en referencia obligada para los alemanistas, para los estudiosos de la hagiografía áurea y para los siglodeoristas en general, que encontrarán en él no pocas valiosas aportaciones e ilustraciones de ideología y cultura de una época.

La edición comienza con el estudio introductorio de Marc Vitse en el que se traza el marco contextual de producción de la hagiografía de Mateo Alemán en torno a lo que llama «dos milagros contemporáneos». El primero es el milagro narrado por el autor sevillano al final del capítulo IX del libro II como testimonio personal de la gracia que le concedió el santo taumaturgo al salvarle en Cartagena de una muerte casi segura y que quizá motivó el voto del autor de componer, como acción de gracias, una historia de la vida del santo. Así lo afirma Alemán en la dedicatoria al caballero don Antonio de Bohórquez («... por voto que hice al glorioso san Antonio de Padua de escribir su milagrosa vida...», p. 104). El segundo es el milagro, calificado así figuradamente por el editor a partir de lo expresado por Luis de Valdés en el «Elogio» de la *Segunda parte del Guzmán* («... y aun se podía decir, de milagro...», Gómez Canseco 2012, p. 360), de conseguir vencer las dificultades para imprimir el libro a partir de un original todavía no acabado y que el autor va noche a noche redactando para que se imprima por la mañana en su propia casa, en un curioso proceso editorial que se estudia con detalle: Mateo Alemán convierte su casa en taller de imprenta, en oficina de mercader y en despacho de escritura para agilizar el proceso de producción del libro, movido por unas sorprendentes prisas.

La discusión sobre el porqué Alemán tuvo tanto empeño en sacar a la luz este libro hagiográfico antes que la segunda parte del Guzmán ha ocupado a los alemanistas que se han asomado a esta hagiografía. Michel Cavillac (1993) la interpretó como un deseo de presentar un escrito de dignificación del propio status (social, religioso, ético),

convirtiendo el *San Antonio de Padua* en una «novela familiar» y en una credencial de «perfecta ortodoxia católica». Rico (2010, p. x) insiste en la posición de Alemán hagiógrafo a la búsqueda de modelos de varones perfectos tras rematar las cuentas de la mala vida del pícaro e integra así coherentemente el libro en la serie de los *Guzmanes*. El mismo enfoque plantea Gómez Canseco (2012, p. 857). Más recientemente, Ramírez Santacruz (2014) ha vuelto sobre el peso del autobiografismo en la obra de Mateo Alemán, donde el binomio vida y escritura actúa obsesivamente.

Pero quizá podamos no excluir de este proceso de escritura otra intencionalidad no contemplada por los editores, ni tampoco, hasta donde sé, por los estudiosos del relato hagiográfico de Alemán, a la busca de situarlo en un contexto histórico no estrictamente biográfico ni literario. Me refiero a la posible intención propagandística y política, tan habitual en la hagiografía barroca (Egido, 2000, pp. 67-68), en el espacio doble de la orden religiosa y de la jerarquía política. En el primer caso, se trataría de una apuesta por potenciar el «capital de santidad» franciscano (Alabrús y García Cárcel, 2015, p. 49) en un momento —el siglo xvii español— especialmente dado a la fábrica de santos: el recuerdo del santo lisboeta podía quizá coadyuvar a la causa iniciada por la beatificación de fray Pedro de Alcántara para una Orden, la franciscana, especialmente activa en la promoción de santos, y en un momento en el que otras órdenes habían activado sus mecanismos para la beatificación de sus religiosos (la de santa Teresa, por ejemplo, se encuentra por entonces en pleno proceso de instrucción). En el segundo caso, la acción propagandística trataría de contribuir a la voluntad institucional de potenciar la españolidad de un santo tan popular como san Antonio de Padua, insistiendo en la perspectiva de que esa gloria de Portugal «poderosísimo reino, nación generosa» (p. 101), es también un santo de la corona hispana. En ello insisten varios de los preliminares, desde la Dedicatoria de Alemán «A la nación lusitana» hasta la canción de Lope de Vega («amor de Dios, en portugués sentido, / y escrito en castellano», estrofa 8) y a los sonetos laudatorios de varios ingenios que anteceden a la obra. Llama la atención que en una hagiografía anteriormente publicada de san Antonio de Padua, la del franciscano fray Antonio de Sancta María (1588), se insista también en varios lugares en esa comunidad patria que extiende la gloria lusitana del santo a la corona hispana, en un momento (los años 80 del siglo xvi) especialmente crítico en las relaciones con Portugal y el enfrentamiento de facciones ideológicas en la corte madrileña por el caso portugués (Labrador Arroyo, 2009, p. 30). Fray Juan de los Ángeles en uno de los sonetos preliminares de esa edición de 1588 escribe: «Divino Antonio, noble lusitano / honra de la española nación nuestra»; el propio franciscano, fray Antonio de Sancta María, autor del largo poema épico a lo hagiográfico en octavas reales, en la octava tercera del Prólogo (fol. 3r) escribe: «Thesoro es de la Hespaña allá guardado / A do su gloria va siempre creciendo». La insistencia en esa comunión en la gloria ¿no podría verse como una estrategia política de consolidación de lo castellano en Portugal, cimentado en la exaltación de un santo franciscano portugués por autores españoles? Amplios sectores del franciscanismo portugués se habían mostrado contrarios al proceso de sucesión castellanista (Labrador Arroyo 2009, p. 36), por lo que darles satisfacción mediante el halago de su santo patrio pudo ser estrategia política recomendable. El territorio que por circunstancias históricas y políticas no aceptadas de buena gana por los súbditos portugueses ha recaído en la corona española necesita ser conquistado, no

solo por el ejército, sino además mediante la «captación de voluntades» (Labrador Arroyo 2009, p. 32).

Incorporar a San Antonio, convertido pronto en objeto de las devociones populares, al pabellón patrio común hispano-portugués era seguramente una empresa políticamente interesante de esa «captación de voluntades». Proclamar la unión espiritual de la Corona, a través de la gloria lisboeta por un autor sevillano, muestra una voluntad de servicio en beneficio de la unidad católica peninsular que interesa también exhibir a la corona de Felipe III, con el deseo de conquistar mediante el halago la voluntad de los lusitanos, hostiles desde la entronización de Felipe II y la firma del Pacto de Tomar en 1581, y quizá dar satisfacción al clero portugués que había cerrado filas frente a los Felipes (Valladares, 2000, p. 18). Mateo Alemán comienza su obra recordando a Felipe II, «el monarca más poderoso de aquel tiempo» (p. 100). Es curioso que Felipe II, para ganar con la persuasión la voluntad de los lusitanos, puso también en juego estrategias políticas-hagiográficas, como fue la de trasladar de España (Santiago) a Portugal (Braga) los cuerpos de dos santos muy populares (Kamen, 1997, p. 258). En el mismo año 1588 en que se publica en Salamanca la ya citada *Vida y milagrosos hechos de san Antonio de Padua*, la Inquisición desencadena el proceso contra sor María de Visitación, la monja de Lisboa con aureola de mística, que se había posicionado en contra de la legitimidad de Felipe II para aspirar al trono de Portugal (Alabrús y García Cárcel, 2015, p. 35). Es evidente que en ambos casos la construcción (o la destrucción) de la santidad y el aprovechamiento político van de la mano. San Antonio de Padua se convertiría así en estandarte de esa amalgama sacro-profana con que se exhibe la Católica Monarquía Austriaca del piadoso Felipe III y Mateo Alemán contribuiría a una acción institucional de consolidación política en el reino ocupado. El aprovechamiento político patriótico de la devoción e invocación a san Antonio de Padua, pero de signo contrario, será también puesto en práctica por los predicadores portugueses en sermones contra la dominación filipina y en pro de la Restauración en 1640 (Marques, 1989, I, pp. 145-149).

Esta estrategia de política cristiana tras la obra de Mateo Alemán fue intuida por Henri Guerreiro cuando señaló la presencia de temas idénticos en crónicas portuguesas y en la hagiografía de Alemán y se refería a la necesidad de situarla en un contexto histórico apropiado: «a la que solo se podrá conferir todo su significado confrontándola con el marco histórico, económico y político en que nace y se desarrolla ... la importancia de Lisboa a finales del siglo xvi es un hecho innegable» (Guerreiro, 1980, p. 39). Esa importancia de Lisboa, sus circunstancias y sus glorias son las que se perciben por doquier en la literatura de la época; cerca de nuestro contexto, la leemos en Juan Pérez de Montalbán cuando hace aparecer en escena, en su comedia dedicada al santo lisboeta, a dos frailes franciscanos que llegan a Lisboa proclamando:

FRAY DOMINGO
¡Bella ciudad es Lisboa!
FR. PEDRO
Y aun es la mayor de España.
(*El divino portugués san Antonio de Padua*, acto I, p. 360),

y dedica una larga tirada de versos a la descripción pormenorizada de las antigüedades y bellezas de la capital portuguesa.

Este sentido pragmático y estratégico que propongo sumar a los contornos de la hagiografía alemaniana (y que necesitaría de posterior indagación y que aquí solo esbozo) no resulta en absoluto disonante o contradictoria con el carácter de «racionalidad mercantil y pragmatismo político» que Michel Cavillac proclama como formantes de la personalidad literaria de Mateo Alemán (Cavillac, 2010, p. 1) o con la intención pragmática de vender el libro en Portugal para financiar la segunda parte del *Guzmán* (Cavillac 2010, p. 25 n. 8). ¿Tendría esta intención pragmática algo que ver con las prisas editoriales de Alemán respecto al *San Antonio*, no solo para mostrar su ortodoxia personal, sino también para poner su capital simbólico al servicio de las estrategias del poder político o de la promoción literaria personal? Quede aquí apuntada la posibilidad. La materia de Portugal en el *San Antonio de Padua* es cuestión debatida a la que vuelve Marc Vitse en su trabajo en preparación (que he tenido el privilegio de poder leer gracias a la gentileza de su autor) a propósito de las dedicatorias de las ediciones sevillanas y la presunta «deslusitanización» de la segunda.

El estudio de Marc Vitse continúa con el análisis del texto, comenzado con su *dispositio* en tres libros, cuyas diferentes extensiones y configuraciones son explicadas en detalle, tratando de mostrar y justificar la aparente desorganización de la materia de lo que se llama con acierto «novela hagiográfica» (p. 32). El estudio de esa materia aparentemente dispersa constituye la siguiente preocupación del editor, mostrando el conglomerado de fuentes históricas y de acarreo de materiales procedentes de lecturas de la literatura del tiempo y de la consulta de silvas y misceláneas. En este recorrido por la *inventio* del libro, el editor acude, como no podía ser de otra manera, a los trabajos precedentes «de densa erudición» de su compañero y amigo Henri Guerreiro (p. 36).

El repaso a la naturaleza creativa del autor y su texto actuando en la materia hagiográfica constituye una aportación central en la introducción, que permite al estudioso percibir la variedad de discursos que integran el libro y que se despliegan en el examen del escritor como cronista, comentarista, novelista y contrarreformista. Esa diversificación creativa es la que va persiguiendo el editor para trazar los contornos de la obra hagiográfica de Mateo Alemán. Como hagiógrafo, Mateo Alemán se inscribe en una tradición milenaria que privilegia como marcas de género el relato de milagros, el culto a lo maravilloso y la tendencia al excurso moralizante, frente a una modalidad más moderna guiada por criterios de verdad histórica y documentos fehacientes (p. 43). Quizá influyera en este planteamiento tradicional el carácter popular del santo cuya vida se relata, uno de los más «milagreros» en las tradiciones folclóricas peninsulares, defensor de causas y objetos perdidos y casamentero (Rodríguez Pastor, 1996). Es indudable que la intencionalidad de lo hagiográfico en sus diversos formatos literarios tiene que ver con la afirmación y promoción de determinadas devociones, para lo cual la narración de milagros es componente básico. Así se esperaba, por ejemplo, para el lector de la mencionada *Vida y milagrosos hechos del glorioso san Antonio de Padua* (Sancta María, 1588), como se lee en la aprobación concedida el 29 de agosto de 1587 por fray Francisco de Medina de la Orden de la Merced: «... es muy provechoso para despertar los fieles a devoción». Quizá, también, el público lector, como el espectador de la comedia de santos, esperase la narración de los poderes taumatúrgicos de san Antonio, que alimentaban sus creencias y devociones, tal y como podría ver (y después leer) en la comedia famosa *El divino portugués san Antonio de Padua*, de Juan Pérez de

Montalbán (recogida en el segundo tomo de sus comedias, en Madrid, 1638), donde se pone en escena el milagro del demonio disfrazado de correo que Alemán relata en II, 16 (p. 370). Y es en esa misma línea «milagrera» en la que debe explicarse la afirmación de Frei Luis dos Anjos en la aprobación de la hagiografía de Alemán: «os milagros do santo, que comunmente se tratam en nossas cronicas, muito bem traçados e acomodados para aumentar a devoção que comunmente os fiéis têm a este glorioso santo» (p. 98).

Por otra parte, ese planteamiento más tradicional de la hagiografía concede al autor una mayor libertad creativa, que le permite escapar de las imposiciones de la poética aristotélica al historiador, para acercarse a las necesidades de la «poética historia» (como define Alemán su relato de la vida de Guzmán de Alfarache) que cultiva el narrador, tal y como plantea en el interesantísimo, por más que breve, prólogo «Al lector» de nuestro *San Antonio* (pp. 122-123). No debemos olvidar que en torno a las diferencias entre historia y ficción, verdad y verosimilitud, se discute en las preceptivas poéticas coetáneas inspiradas por la de Aristóteles (Cavillac, 2010, pp. 181-196) y en la misma narración (baste recordar el pasaje del *Quijote* II, 3: «el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna»). Así, cronista y novelista en confluencia diseñan los primeros contornos de la hagiografía alemaniana. No se pierda de vista que, como se ha afirmado, la hagiografía es un género más literario que histórico (Egido 2000, pp. 66 y 70, n. 20). La pericia del narrador se muestra especialmente en su capacidad para la reescritura de los milagros antonianos, destacando detalles o miradas que potencian el gusto por contar, la creación del suspense o «el interés permanente del escritor por los elementos visuales de los casos narrados» (p. 63). Entre el hagiógrafo de 1604 y el novelista de 1599 y 1604 reina una profunda unidad, afirma acertadamente Vitse (p. 65).

La consideración de comentarista y contrarreformista añade contornos diferentes para el hagiógrafo, que se desdobra ahora en moralista y exegeta. Como moralista, Alemán se mantiene en los límites de la ortodoxia católica, actitud que ha sido interpretada como una apologética *pro vita sua* y una estrategia de ensalzamiento del estatuto social, religioso y literario de un autor consciente de su marginalidad (Cavillac, 1993). Además de esto, el repertorio de ideas morales del *San Antonio de Padua* constituye un recorrido por la tónica contrarreformista, que puede verse enunciada, con mucha frecuencia, en sus formas más arquetípicas. Para mi gusto, ese es uno de los valores más reseñables de no pocos de estos textos que han quedado al margen del canon de un autor, y que contienen con frecuencia pasajes que ilustran de manera explícita —y quizá mejor que los *capolavori*— los formantes de una cultura, en este caso la barroca, de la que Mateo Alemán se convierte en privilegiado portavoz. No extraña que la obra de Alemán fuera estimada, algunos años después, por Baltasar Gracián por su alegorismo didáctico (Cavillac, 2004). Así, el repaso a toda la tónica neoestoica cristiana sobre la muerte (con referencia explícita a fuentes textuales básicas: Job, Séneca, Cicerón, Marco Aurelio...) a propósito de la buena de fray Antonio en el capítulo 31 del libro II; el repaso a los lugares comunes sobre potencias y sentidos corporales en III, 10, las alegorías de la vida como navegación, etc. Como señala el editor con acierto (p. 41), es indudable la deuda de Alemán con la cultura de

polyanthea, y en concreto con los *Lugares comunes de conceptos, dichos y sentencias* de Juan de Aranda (Sevilla, 1595) y otras silvas, misceláneas y repertorios de sentencias cuyo uso también se ha apreciado en las «fuentes y manantiales» de que se alimenta la *Atalaya* (Gómez Canseco 2012, p. 837). El moralismo se tiñe de sátira social y la hagiografía gravita hacia la muestra de un fresco social de vicios, tipos, costumbres. Se constata así esa «fuerte línea de continuidad entre novela picaresca y relato hagiográfico» que el editor destaca con precisión y acierto en su estudio (p. 55) y a cuyo repaso dedica páginas que sintetizan la confluencia del moralista y el novelista, el santo y el pícaro (contrahaciendo el epígrafe «El pícaro y el santo» con que Gómez Canseco [2012, pp. 857 y ss.] analiza la *Atalaya* alemaniana).

En otras ocasiones, el moralista deviene en exegeta bíblico, asumiendo algunos de los modos característicos del sermón áureo e integrando la explicación de pasos bíblicos en el discurso. Mateo Alemán define así el procedimiento para elogiar la labor de fray Antonio, que él mismo parece seguir en su propio discurso:

Soltó las velas de la caridad, comenzando a discurrir por la doctrina sagrada; y, como el Espíritu Santo le fuese comunicando su fuego, más iba disponiéndose, definiendo, dividiendo y declarando admirablemente sentencias y pasos de la Escritura, Testamento Viejo y Nuevo, con autoridades famosas de santos y doctores; concordando lugares, con tanta gracia y elocuencia, por tal orden y concierto, con tanta elegancia en la lengua latina, con tan suave y sonoro acento, que verdaderamente parecía una suavísima música su lengua (I, 14, p. 270).

Naturalmente, Alemán no es un biblista profesional, al modo de un fray Luis de León o un Arias Montano, pero su manera de encajar las modalidades exegéticas en el discurso revelan una pericia humanista y una voluntad de autorizar estratégicamente el discurso propio con los modelos exegéticos sermonísticos. Como es esperable, la explicación de los sentidos alegóricos es la protagonista de la ilustración exegética; pero no se renuncia a otros sentidos de los lugares bíblicos aducidos. Así, podemos encontrar el recurso a la explicación del sentido literal, como al aplicar al nacimiento de Antonio la exégesis del término *varón*, a partir de Mateo, 12, 33 y del Eclesiástico, 11, 30 (pp. 197-198); o al explicar el nombre primero del santo, *Hernando*, desde el sentido etimológico de las raíces hebreas (p. 199). Menudean, como es también normal en el sermón, las explicaciones de sentidos tropológicos (acumulación de pasos bíblicos para ilustrar el temor necesario a Dios [p. 204]; los casos de David, Sansón y Salomón para repudiar los amores sensuales [p. 210]; las tormentas de tribulación con Jonás [p. 247]; etc.). Junto con los sentidos bíblicos, sería interesante estudiar las modalidades genéricas de la exégesis, a través de la paráfrasis, de la glosa libre, de la traducción literal o la reescritura, o de la explicación de *realia*, como ocurre al glosar el sentido del pectoral de sumo sacerdote a partir del Éxodo, 28 (p. 359).

La «variedad de discursos que a diferentes propósitos se apuntan en este libro» (como afirma Juan López del Valle en el esclarecedor *Elogio* preliminar en alabanza de Mateo Alemán, p. 110) permite combinar la voluntad devocional, la ilustración de la ejemplaridad y la moralidad y el entretenimiento y recreo del lector. Son en definitiva los mismos ideales narrativos de esas nuevas historias o ficciones extensas que empieza a degustar el lector nuevo y curioso al que se dirigen las novedades literarias de aquellos

primeros años del siglo xvii, con el *Guzmán de Alfarache* a la cabeza y el *Quijote* después.

Para finalizar el estudio introductorio, tras el marco contextual y los contornos trazados por la hagiografía alemaniana, el editor desarrolla un apartado dedicado a la «Historia del texto». Resulta apasionante y ejemplar este apartado, todo un tratado de bibliografía material y su impacto en la historia literaria, que Marc Vitse se encuentra corrigiendo (aquí se afirma que la edición de Tortosa es de 1622 [pp. 70, 84, 86] y el dato se corrige por la fecha correcta, 1623, en el nuevo trabajo), y ampliando en trabajo de pronta publicación (Vitse, *en preparación*). La cuidadosa descripción de las ediciones y localización de ejemplares, el estudio de las variantes textuales entre las dos ediciones sevillanas del texto y sus problemas tipográficos, así como las aportaciones en los preliminares del ejemplar de la primera edición que se conserva en la Houghton Library, y el papel de las dos ediciones aragonesas son impecables y apasionantes. Todo ello hace que aunque esta edición no se presente como crítica, *sensu stricto*, pues carece de aparato de variantes, ofrece una cuidada atención a los aspectos textuales y un acendrado texto depurado por el cotejo y la sabiduría del editor. Lo aquí apuntado se desarrolla en el trabajo complementario, detallado y minucioso en el que pormenoriza las cuestiones de bibliografía material pertinentes para la elaboración de una auténtica ecdótica del *San Antonio de Padua*: modificaciones en la composición de planas, variantes y correcciones, hábitos ortográficos, etc. que construyen el aparato crítico del que aquí se prescinde, y en el que se concluye la prevalencia de la edición sevillana de 1605 (segunda de la obra), como texto base para la edición crítica (Vitse, *en preparación*). Allí mismo podrá verse un apéndice de correcciones a algunas erratas deslizadas en esta edición de 2014.

Los criterios editoriales que se enuncian en el cierre del estudio introductorio responden al escrupuloso cuidado de Marc Vitse, que se manifiesta no solamente en el establecimiento del texto desde el cotejo de las ediciones, sino también en la puntuación del mismo, tarea nada fácil en la maraña sintáctica en que se convierte con frecuencia la prosa de Alemán. El editor opta por una «extrema modernización» del texto (p. 88) en atención a la naturaleza de la edición y para facilitar al lector no especialista el acceso al texto. Nada que objetar al respecto (sobre todo, porque el editor deja constancia expresa de las intervenciones sobre el texto), aunque no siempre comparto los criterios modernizadores, cuando afectan a casos de vacilación vocálica o incluso modifican la estructura fónica de alguna palabra (por ejemplo *refitorio* del original se edita *refectorio*, p. 259, si bien con el cuidado habitual, se recogen los cambios en nota). La misma reticencia me producen las modificaciones modernizadoras de los nombres de lugares, que convierten Lixbona en Lisboa, Suria en Siria, Bituriges en Bourges, etc., anotando al pie la forma original y trasladando al cuerpo del texto la modificación. Solamente se mantienen nombres de formas castellanas que aún existen: Tolosa (por Toulouse, p. 355) o Vicencia (por Vicenza p. 610), como justifica el editor (p. 88). Quizá podría haberse procedido a la inversa, para preservar aquello que «oía» (aun en la lectura mental y silenciosa) el lector de la época y asegurar la oralidad implícita del texto que, como ha recordado recientemente Ramírez Santacruz (2012, p. 202 y n. 4) no carece de importancia para valorar la prosa de Mateo Alemán.

Los contornos del hagiógrafo van siendo ilustrados y analizados en el estudio introductorio y sacados a la luz igualmente en la anotación del texto al pie de página, espléndida de contenidos, redacción y precisión, respondiendo a ese propósito esencial de la anotación de los textos áureos que es reconstruir, como enunció Ignacio Arellano, el «horizonte de recepción» de los lectores cultos de la época (Arellano, 1991, p. 579). Solamente quiero incorporar aquí una pequeña discrepancia con el sistema de anotación adoptado por el editor y que se refiere a la colocación en el texto de las llamadas a pie de página. Con demasiada frecuencia se interrumpe el discurso mental de la lectura con abundantes llamadas sucesivas, que actúan como inoportunos signos de puntuación para el lector e impiden el avance fluido de la lectura. La repetición al pie del lema o los lemas y pasajes que se anotan permitiría sin dificultad concentrar varias notas en una y trasladar la llamada a una pausa cercana (un punto, un punto y coma), donde combinar la pausa de la lectura con la pausa impuesta por la anotación. El afán de anotar —imprescindible en una edición de la naturaleza de esta y en un texto tan complejo como el de Alemán— debe combinarse de la mejor manera posible con la «cortesía» hacia el lector, facilitándole, claro, la comprensión del texto y abriéndole miradas y perspectivas, pero también una lectura no *interrupta*.

Objeciones, en cualquier caso, muy menores (máxime cuando, como he señalado, el editor ha dejado constancia cuidadosa de todas sus intervenciones), para una edición por tantos motivos ejemplar. Entre otros, además de los ya señalados, el valor añadido de completarse con dos apéndices que se incorporan en las dos ediciones aragonesas de la obra (Valencia y Tortosa), pero no aparecen en las dos sevillanas: la «Tabla de materias comunes para discursos predicables» y el «Elenco para los evangelios de entre año», que aumentaban la utilidad del ejemplar para el comprador áureo e ilustran para el contemporáneo usos pragmáticos del libro. Y varios índices de finalidad práctica y extraordinaria utilidad para el investigador alemanista, elaborados con diligencia por el editor actual: de los milagros narrados, de los lugares bíblicos y de las voces anotadas, materias y personajes.

Hay obras que esperan la mano de nieve que sepa arrancarlas del silencio de siglos, como las notas del arpa becqueriana. Si Henri Guerreiro denunciaba la injusta postergación y olvido de esta obra, imprescindible para la justa valoración de muchas facetas de la visión del mundo de su autor (Guerreiro, 1985, p. 195), y Cavillac afirmaba que la obra pedía a voces una edición moderna y crítica (Cavillac, 1993, p. 225), su justa demanda ha sido ahora atendida por la magnífica edición de Marc Vitse, que no solo ha cumplido con la obligación contraída de sacar a la luz la labor del colega y amigo, en ofrenda de amistad, sino que propone una verdadera contribución del máximo rigor e interés para el conocimiento de la obra de Mateo Alemán, de los contornos de la hagiografía barroca y de la cultura áurea.

Referencias bibliográficas

- ALABRÚS, Rosa M^a, y Ricardo GARCÍA CÁRCEL, *Teresa de Jesús. La construcción de la santidad femenina*, Madrid, Cátedra, 2015.
- ARELLANO, Ignacio, «Edición crítica y anotación filológica en textos del Siglo de Oro. Notas muy sueltas», en *Crítica textual y anotación filológica en obras del Siglo de Oro. Actas del*

- seminario internacional para la edición y anotación de textos del Siglo de Oro*, eds. Jesús Cañedo e Ignacio Arellano, Madrid, Castalia, 1991, pp. 563-586.
- CAVILLAC, Michel, «San Antonio de Padua y la “novela familiar” de Mateo Alemán», en *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro*, ed. Manuel García Martín, Salamanca, Ediciones Universidad, 1993, t. I. pp. 225-232.
- , «Baltasar Gracián, lector de la Atalaya de la vida humana», en *Baltasar Gracián IV Centenario (1601-2001)*, eds. Aurora Egido, M^a del Carmen Marín y Luis Sánchez Laílla, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004, t. II, pp. 199-216.
- , *Mateo Alemán y la novela moderna*, Madrid, Casa de Velázquez, 2010.
- EGIDO, Teófanos, «Hagiografía y estereotipos de santidad contrarreformista. (La manipulación de san Juan de la Cruz)», *Cuadernos de Historia Moderna*, 25, 2000, pp. 61-85.
- GÓMEZ CANSECO, Luis, «Estudio», en su ed. de Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Madrid, RAE, 2012 pp. 761-929.
- GUERREIRO, Henri, «Aproximación a la estructura y las fuentes del Libro I del *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán», *Criticón*, 12, 1980, pp. 26-54.
- , «La tradición hagiográfica antoniana de los Libros I y II del *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán. Aproximación a su estructura y sus fuentes», *Criticón*, 32, 1985, pp. 109-196.
- KAMEN, Henri, *Felipe de España*, Madrid, Siglo XXI, 1997.
- LABRADOR ARROYO, Félix, *La Casa Real en Portugal (1580-1621)*, Madrid, Polifemo (La Corte en Europa), 2009.
- MARQUES, João Francisco, *A Parenética Portuguesa e a Restauração 1640-1668. A Revolta e a Mentalidade*, Porto, Instituto Nacional de Investigação Científica, 1989, 2 vols.
- PÉREZ DE MONTALBÁN, Juan, *El divino portugués san Antonio de Padua*, en *Segundo tomo de las Comedias...* En Madrid, en la Imprenta del Reyno, a costa de Alonso Pérez de Montalván, librero de su magestad y padre del autor, 1638.
- PIÑERO RAMÍREZ, Pedro M., y Katharina NIEMEYER (dirs.), Mateo Alemán, *La obra completa*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2014, 3 vols.
- RAMÍREZ SANTACRUZ, Francisco, «El pícaro y la voz: reflexiones sobre la prédica y la murmuración en el *Guzmán de Alfarache*», *Lectura y Signo*, 7, 2012, pp. 201-220.
- , «Autobiografismo en Mateo Alemán: apuntes sobre su obra filológica del ciclo novohispano», *Hipogrifo* 2/1, 2014, pp. 143-153.
- RICO, Francisco, «Prólogo», en Michel Cavillac, *Guzmán de Alfarache y la novela moderna*, Madrid, Casa de Velázquez, 2010, pp. IX-XI.
- RODRÍGUEZ PASTOR, Juan, «Algunas manifestaciones folclóricas en torno a san Antonio de Padua», *Revista de Folklore*, 189, 1996, pp. 84-98.
- SANCTA MARÍA, fray Antonio de, *La vida, y milagrosos hechos del glorioso S. Antonio de Padua, de la orden de los Menores, natural de la ciudad de Lisboa, en el Reyno de Portugal, en verso...*, Salamanca, Guillermo Foquel, 1588.
- VALLADARES, Rafael, *Portugal y la Monarquía Hispánica (1580-1668)*, Madrid, Arco Libros, 2000.
- VITSE, Marc (ed.), *La hagiografía entre historia y literatura en la España de la Edad Media y del Siglo de Oro*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2005.
- VITSE, Marc, «Presentación», en *La comedia de santos*, eds. Felipe Pedraza y Almudena García, Almagro, Universidad de Castilla-La Mancha, 2008, pp. 7-14.
- , «Sobre las ediciones del *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán» (en preparación).

SAN JOSÉ LERA, Javier. «Contornos de la hagiografía barroca: el *San Antonio de Padua* de Mateo Alemán en edición reciente». En *Criticón* (Toulouse), 125, 2015, pp. 163-173.

Palabras clave: Antonio de Padua san, Alemán Mateo, hagiografía barroca, Portugal, bibliografía material

Obras estudiadas: San Antonio de Padua (Mateo Alemán 1604)

Mots clefs: Antoine de Padoue saint, Alemán Mateo, hagiographie baroque, Portugal, bibliographie matérielle

Œuvres étudiées: San Antonio de Padua (Mateo Alemán 1604)

Keywords: Saint Anthony of Padua, Mateo Alemán, Baroque hagiography, Portugal, material bibliography

Work studied: San Antonio de Padua (Mateo Alemán 1604)

El autor. Catedrático acreditado de Universidad, profesor del Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana de la Universidad de Salamanca. Miembro del Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas de la USAL, de la Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas (de la que fue socio fundador) y de la Asociación Internacional Siglo de Oro. Ha impartido conferencias e intervenido en congresos y jornadas en las Universidades Complutense y Autónoma de Madrid, Universidad de Castilla-La Mancha, Universidad de Valladolid, Casa de Velázquez (Madrid), Université de Toulouse, Sorbonne Nouvelle, Universidade do Porto, City University of New York, Universidad Hebrea de Jerusalén, Kanagawa University (Japón). Es editor de obras de fray Luis de León, *De los nombres de Cristo* para la Biblioteca Clásica (Galaxia Gutenberg), *Exposición del Libro de Job* (Textos recuperados, Universidad de Salamanca), *La perfecta casada* (Austral). Ha publicado trabajos en revistas especializadas españolas y extranjeras y en volúmenes colectivos sobre fray Luis de León, Juan del Enzina, Cervantes, Lope de Vega, teatro del siglo XVI y diversos aspectos de la literatura española del Siglo de Oro. Desde 2008 es Director Académico de la página web dedicada a la Biblioteca de Autor «Fray Luis de León», dentro de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. En la misma plataforma y dentro del sitio Teatro Clásico Español ha llevado a cabo el portal dedicado a «Lucas Fernández», presentado en julio de 2015.

trujaman@usal.es

Dirección: Universidad de Salamanca, Facultad de Filología, Plaza de Anaya s/n, 370085 Salamanca